

BESTIAL, de Malena Soler

—A veces, solo es cuestión de que fluya el instinto—dijo Tamara, risueña.

Mi socia tenía una intuición muy desarrollada que, hasta el momento, nos había llevado por buen camino. Ese año, Tamara había elegido a Cynthia como artista principal de nuestro evento, y yo no me opuse. A juzgar por los resultados, su criterio para nuestra galería había sido siempre acertado.

Cynthia era una artista potente y visceral, su obra era descarnada, seductora, políticamente incorrecta. Solo alguien con su personalidad podía caminar por esas cornisas y salir ilesa: no era sencillo hacer equilibrio sobre esa cuerda.

El tema de su serie era la figura del toro, un toro representado como un dios totémico, una figura de un rojo furibundo que se reiteraba en distintas escenas, a cuál más controversial: el toro lujurioso, el toro provocador y exaltado, el que asesina a cornadas, el toro fálico, el toro raptor. En sus cuadros, Cynthia ensalzaba, con trazos violentos, las ideas más repudiadas en las últimas décadas, y parecía gritar *al demonio con las feministas, con los protectores de animales, con los veganos. Celebremos la virilidad. Súmense a este ritual de carne y sangre, participen de esta violación, de esta matanza*. Era una apuesta fuerte: si el público y la crítica nos bajaban el pulgar, el nombre de la galería quedaría cuestionado. Pero Tamara estaba convencida de que nos iría bien y yo confié en ella.

Entre los tres habíamos definido el nombre: la muestra se llamaría *Bestial*. Imprimimos catálogos y etiquetas para las botellas, en la vernissage serviríamos vino y bandejas de “finger food temático”, como decíamos en broma. Para que la propuesta fuera más atractiva,

pensamos en sumar una banda que tocara en vivo. Tamara sugirió convocar al grupo de su hermano: los temas de tango fusión serían un acompañamiento perfecto para esa noche.

La muestra abría a las siete, pero Cynthia llegó temprano para preparar todo. Llevaba un vestido negro y corto, un pañuelo anudado en el cuello y una campera charolada. Me sorprendí al verla caminar con soltura sobre tacos tan altos.

Armamos la mesa con los catálogos y los folletos de promoción de la galería, verificamos la iluminación y dimos indicaciones a la gente de la cocina: alrededor de las nueve serviríamos la pata de ternera. La idea era bajar las luces para que un actor vestido de cocinero entrara en la sala con un seguidor. Al llegar a la mesa, colocaría el gran pedazo de carne sobre el mantel blanco y la bandeja se iluminaría con un foco rojo. Después de algunos minutos, el cocinero tomaría el cuchillo y, con un gran ademán, lo clavaría sobre la carne con un gesto primitivo. Luego, la carne sería cortada en trozos pequeños y se colocaría en bandejas para que los asistentes la tomaran con los dedos. Por supuesto, en la mesa no debían faltar servilletas. Le indicamos al cocinero que cuidara siempre la ubicación del gran cuchillo: cuando no se utilizara, debía quedar exhibido junto a la pata, bajo la luz roja. Todos esos detalles eran claves para lograr el clima que buscábamos.

Llegaron los músicos y los acompañamos hasta la salita donde iban a cambiarse. Tamara me hizo un gesto, quería decirme algo en privado.

—Quería contarte, para evitar situaciones incómodas, que mi hermano se separó de Sabrina. Ella no está más en la banda, ahora hay otra bandoneonista. Y si el olfato no me falla, creo que Leo y la chica nueva están teniendo una historia.

—Qué pena, Sabrina me parece amorosa. Pero quedate tranquila, no voy a hacer ningún comentario. Ellos tocarán nueve y media, después de la comida.

—Genial, ya estamos listos.

Pronto llegaron los primeros. Tamara los recibía en la entrada y los saludaba con estudiada cordialidad. Habitualmente, los que llegaban temprano eran familiares y amigos; los críticos se hacían esperar. Como lo suponíamos, nadie que se parara frente a una obra de Cynthia podía permanecer indiferente. Ella conversaba con todos los que se le acercaban y agradecía los saludos con entusiasmo; se la veía orgullosa, radiante.

Cuando la sala estuvo relativamente llena, indiqué a los mozos que comenzaran a ofrecer las bebidas. Las etiquetas de *Bestial* habían quedado fantásticas, servir el vino de esas botellas sumaba un detalle sofisticado. Todo estaba saliendo como lo habíamos planeado, quizás podía relajarme. Aflojé la tensión de los hombros y respiré profundo. Me sentía bien.

A las nueve en punto apareció en escena el falso cocinero. El iluminador hizo un buen trabajo y la performance fue impactante. La gente aplaudía, Tamara me miró desde lejos y me guiñó un ojo.

Todos se acercaron a la mesa a probar la carne, muchos nos felicitaron. Varios de los críticos a quienes más temíamos nos hicieron saber, con gestos siempre medidos, que aprobaban nuestra idea.

La gente comía y conversaba entretenida, era un buen momento para que arrancara la banda. Los músicos se ubicaron en el centro de la sala y comenzó el show. Leo era muy buen músico, no solo por su habilidad como chelista, sino por su creatividad en la composición. Recordé que no seguía con Sabrina y en cierto modo lo lamenté; siempre me habían parecido un dúo interesante. Miré a la nueva bandoneonista: era joven y atractiva. Seducía al público moviendo el pelo largo, que le cubría y descubría la cara en los distintos momentos de cada canción. Sus gestos eran sensuales, y era cierto que entre ella y Leo se percibía una energía especial.

La música era vigorosa, sanguínea, y el público parecía responder positivamente al estímulo. Los temas se sucedían en un crescendo cada vez más potente, y a los tres instrumentos

iniciales —bajo, chelo y bandoneón— se sumó un cajón peruano que aportó una nota singular. Tamara sonreía tratando de disimular su euforia, pero estaba exultante. Le devolví la sonrisa, satisfecho. Sin dudas, esa era la atmósfera que queríamos; esa había sido siempre nuestra búsqueda: fuerza, carácter, pasión.

Las luces de la sala seguían bajas. Aunque estaba de espaldas a las escaleras, pude percibir que alguien subía corriendo. Enseguida comenzaron los gritos y vi a una mujer menuda, muy delgada, que se movía nerviosa entre los asistentes. Tenía un vestido liviano sin mangas y un par de borceguíes con los cordones desatados; no parecía llevar medias a pesar del frío. El pelo estaba mojado y la cara, bañada en sudor. Miré a Tamara: el gesto afable que había visto pocos minutos antes ahora era una mueca de espanto. Entonces reconocí a esa mujer que avanzaba imparable entre los toros furibundos.

—¡Hija de puta! ¡Me las vas a pagar, prostituta! ¡Van a pagar, me las van a pagar todos!

Los músicos dejaron de tocar y se hizo un silencio helado. Nos quedamos quietos y solo seguíamos con la mirada los movimientos de esa mujer que había entrado impetuosamente en la sala, que pateaba sillas y gritaba con los brazos alzados.

—¡Me robaste todo, reventada! ¡Era mi banda, mi proyecto, mi marido! ¡Que nadie se me acerque porque acá va a pasar algo, eh! ¡Que nadie se mueva!

Miré a las personas que estaban cerca y las vi seguir la escena con sorpresa e interés. Descubrí miradas perplejas y gestos de aprobación. Bruno, el artista que habíamos elegido el año anterior para la muestra principal, me sonrió con un gesto cómplice. Uno de los críticos del Colectivo Milenio levantó el mentón y ladeó la cabeza, dispuesto a dejarse sorprender.

Seguíamos en silencio, la tensión en el aire me erizaba la piel. Tamara comenzó a acercarse muy lentamente a Sabrina, extendió la mano y le habló con voz calma para intentar tranquilizarla, pero solo logró aumentar su enojo.

—¡No te me acerques! ¡Te cagaste en mí y le abriste las puertas a esta lacra, salí de acá!

Tomó una silla, la levantó sobre su cabeza y la arrojó hacia donde estaba Tamara. Después empezó a caminar alrededor del círculo que instintivamente habíamos formado.

En el centro estaban Leo y la bandoneonista. La chica miraba al piso y le caían lágrimas de miedo. Tamara se puso delante de ellos para protegerlos con el cuerpo.

—Que nadie me toque porque, si me tocan, va a pasar algo. Algo feo, como lo que me hicieron a mí. Porque a mí me traicionaron, me dejaron en pelotas. Esa putita que está ahí escondida me sacó todo. Me robó a mi marido y entre los dos me rajaron de la banda. ¿A ustedes les parece bien? Díganme, ¿les parece bien?—. Tenía la piel roja y los ojos desorbitados. Bajó la cabeza y se sacó los borceguíes. Casi por reflejo, algunos se cubrieron la cara con los brazos.

—Y vos, Leo, sorete. Quince años y así me pagás. Teníamos un proyecto, una banda, una casa, queríamos tener un hijo. Pero apareció esta víbora y a la mierda con todo, a la mierda Sabrina, ya no le importa a nadie Sabrina, ¿no? Apareció esta prostituta y que se muera Sabrina. ¿Con ella sí se te para?

Sabrina se acercó al grupo, su cuerpo se onduló como un látigo y escupió a Leo en la cara. Después siguió caminando alrededor del círculo sin dejar de mirarnos fijo. De a poco, comenzó a acelerar el paso y volvió a correr alocadamente hacia los vértices de la sala. Rebotaba con violencia contra paredes y columnas; en cada choque cobraba más fuerza y salía disparada en una nueva dirección. Después de varios minutos demenciales, se detuvo. Parada en el centro de la sala, miró uno por uno los cuadros de Cynthia.

—Que nadie se acerque porque acá va a pasar algo— dijo. Estaba llorando, y no entendíamos si nos amenazaba o nos pedía que no la empujáramos hacia algo que no quería hacer. Quizás nos estuviera pidiendo que la ayudáramos a no perder el control.

Caminó hasta la mesa donde estaban la comida y la bebida, y la volteó de un empujón. Se escuchó un estruendo y vimos caer las copas, las botellas, la bandeja llena de carne. El vino morado dibujaba venas sobre el piso flotante. La mujer se agachó y agarró el enorme cuchillo de cocina.

—Por favor, Sabrina, quedate tranquila.

—¡Callate, Tamara! ¡No me provoques!

—Dame el cuchillo, Sabrina, por favor.

Las palabras de Tamara solo lograron irritarla más.

—¿Querés el cuchillo? ¿Esto querés? Mirá lo que me hacen hacer con este cuchillo.

Sabrina emprendió una nueva carrera y arremetió contra uno de los cuadros. Clavó la punta del cuchillo en la tela y la rasgó hasta destrozarse completamente la pintura. Después empezó a correr por toda la sala con el cuchillo en la mano. Cada vez que pasaba junto a un cuadro, le asestaba un tajo a uno de los toros de Cynthia.

Cynthia se adelantó y gritó con desesperación.

—¡Pará, loca de mierda! ¡Yo no te hice nada!

Al escuchar el grito, la mujer se dio vuelta.

—¡Callate! ¡Ya les dije que se callen todos!—gritó, y se abalanzó ciegamente hacia el grupo con el cuchillo en la mano.

Aunque era pequeña, Sabrina nos embistió con una fuerza inusitada y su cuerpo impactó contra el muro que habíamos formado. Cayó al piso, se incorporó y avanzó algunos metros en cuatro patas. Al levantarse nos miró con un gesto de espanto, corrió hasta la escalera y bajó en dirección a la calle.

Sentí que las piernas no me sostenían y me agarré de una silla para no caerme. Recorrí la escena inundada de rojo, los cuadros en el suelo, el vino derramado, las manchas de sangre. Cynthia salió corriendo hacia la salita y Tamara la siguió.

Me sentía mareado, tenía náuseas. Caminé hasta la ventana y abrí para respirar un poco de aire fresco.

—Tome un vaso de agua, señor—me dijo el cocinero, y se agachó para recoger el cuchillo que estaba tirado en el piso. Le pregunté por Leo y la chica, me dijo que se habían ido en un taxi. Miré otra vez la sala. Los toros caídos de las paredes, descuartizados por una espada desquiciada, no eran más que una manada vencida y despojada de toda su fuerza.

De pronto, detrás de mí, alguien empezó a aplaudir. Otros se sumaron y entonces la gente comenzó a acercarse a mi rincón para felicitarme. Elogiaban nuestra idea, hablaban de crudeza y de verdad, decían Marina Abramović, la Fura dels Baus, Tarantino.

Tamara salió de la oficina con la cara desencajada. Me buscaba entre la gente para avisarme que había llamado al servicio de emergencias, pero a cada paso la interrumpían para expresarle nuevos halagos. Desde lejos, vi su gesto de desconcierto.

Cuando terminó el evento, hablamos con algunos vecinos. Nos dijeron que habían visto salir de la galería a una mujer descalza con los brazos ensangrentados. Muy alterada, había corrido por Jorge Newbery hasta la intersección con Córdoba. El semáforo estaba verde y los autos circulaban a una velocidad promedio de 70 kilómetros por hora. Ella había cruzado la avenida corriendo entre los coches y había sufrido heridas gravísimas; una ambulancia la había llevado al Pirovano.

El día después del evento, se publicaron notas sobre nuestra muestra en los medios más prestigiosos del país, y los críticos de arte que tantas veces nos habían ignorado nos dedicaron entradas extensas en las que hablaban de personalidad, de pasión, de extremos. Expertos internacionales pedían entrevistarnos por Skype y recibimos llamados de coleccionistas francamente interesados en los cuadros de Cynthia.

Las semanas siguientes fueron intensas; llegaban muchísimas consultas y pedidos. El material de nuestra galería había despertado el interés de inversores de distintas partes del mundo y los teléfonos sonaban a toda hora sin ningún pudor por los husos horarios.

La noticia llegó un viernes. Estábamos ultimando detalles para el almuerzo con los organizadores de la bienal. Tamara se desvaneció con el teléfono en la mano y el aparato estalló contra el piso. Corrí a ayudarla, le aflojé el pañuelo del cuello y le alcancé agua.

—Era Leo—dijo. La mirada era de horror—. Sabrina murió esta mañana.

Sentí un golpe en la boca del estómago y también tuve que sostenerme del escritorio para no desplomarme. No podía creer lo que había escuchado, no podía ser cierta esa escena delirante. ¿En qué momento nuestro juego snob se había transformado en una realidad

monstruosa? Recordé a Sabrina en los buenos tiempos; su energía, su talento, su compromiso con el arte. Este final de mal gusto me resultaba inverosímil. No era posible tanta absurdidad.

Me lavé la cara en el baño, el agua fría en la frente me ayudó a aliviar el mareo. Tamara estaba en el sillón, con los codos sobre las rodillas y los ojos tapados con las manos. Las ventanas estaban abiertas, pero no había aire.

Sobre el escritorio, mi teléfono seguía sonando. Lo metí en un cajón y salí a la calle. El coleccionista interesado en las obras de *Bestial* iba a tener que esperar. No era momento para discutir la cotización de los cuadros intervenidos.

Malena Soler